

Referenz	Belege ¹	Quelle
BE-RAE 3	Él había continuado escribiéndole cartas y poemas («Y el amor con que mi espíritu ha soñado / jamás lo halló en nadie, sino en ti») pero ignoraba el drama lo era que estaba ocurriendo en Londres	Villena, Luis Antonio de: El burdel de Lord Byron. Barcelona: Planeta, 1995.
BE-RAE 4	Marta le decía que pensara en sus versos supiera realmente de qué estaba hablando. Dudaba de que ella supiera cuál era el vacío que estaba debajo de aquellos poemas, las zozobras que le acometían cada vez que se veía obligado a escribir unos poemas que en el fondo ya no quería escribir, por no renunciar a su estatus tirando a remoto de poeta laureatus, que serlo, lo era, de poca monta, pero laureatus como el primero;	Sánchez-Ostiz, Miguel: Un infierno en el jardín. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 5	Algunas noches escribía el diario, como Werther. Sin orden y atropelladamente rellenaba las páginas del cuaderno con las memorias del día y las fantasías más disparatadas.	Alonso, Eduardo: Flor de Jacarandá. Barcelona: Muchnik, 1991.
BE-RAE 6	EL REY (A Panelucrando.) Vos debierais escribir una comedia en la que los rebeldes aparecieran como gente ridícula, torpe gente motivo de escarnio y sin mayor importancia de la que pueda tener una pluma ramera del picabueyes.	Márquez, Jorge: Mientras que Némesis duerme. Madrid: Fundamentos, 1990.
BE-RAE 7	¡Un collarín! Vuelven a su mesa con el collarín bien ajustado y en seguida se aprecia un cambio. Una mejoría. Hacen ver que las molestias cervicales son ahora más soportables. De lo contrario no hubieran podido acabar de escribir la columna del día sin desnucarse. Sin caer fulminados sobre sus mesas de columnista.	Carrión, Ignacio: Cruzar el Danubio. Barcelona: Destino, 1995.
BE-RAE 8	La llegada al café del callejón del Tinte, asilo imaginado para escribir una carta a Daniel Rueda, significó un alivio a mis tensiones. En primer lugar porque a aquellas horas las de comer	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.

¹ Hinweis: Die Belege sind Ausschnitte aus einem Text und wurden den zitierten Korpora direkt entnommen. Aus diesem Grunde sind die Textpassagen teilweise unvollständig. Eventuell auftretende Fehler (Orthografie, Interpunktion etc.) wurden für diese Listen nicht korrigiert. Für eine bessere Lesbarkeit wurden allerdings die im Korpus auftretenden Steuerzeichen in HTML entfernt.

BE-RAE 9	Una pereza suave, como el sol de la mañana, se había pegado a mi piel y me sentía incapaz de leer, de dibujar o de escribir una sola palabra.	Navales, Ana María: Cuentos de Bloomsbury. Barcelona: Edhasa, 1991.
BE-RAE 10	Al acabar cada una de esas 22 jornadas, el escritor sentía ganas de escribir en el diario acerca de lo que había hecho durante ese día. O sea un diario en el que contara que lo único que había hecho había sido escribir en su diario.	Bonilla, Juan: El que apaga la luz. Valencia: Pre-Textos, 1995.
BE-RAE 11	Respecto de su biografía poco podemos añadir a lo que se describe en el texto, pero sí confesar que sus Avisos han sido muy usados para escribir esta historia. Su inteligencia de tesorero de Sigüenza, minuciosa, fragmentaria, anotadora, escrita en un castellano doméstico, coloquial y desengañado resulta impagable.	Luján, Néstor: Los espejos paralelos. Barcelona: Planeta, 1991.
BE-RAE 12	[...] la industria del papel y de los lápices había quedado en manos nacionales, era lógico pensar que en el campo republicano habría una total carencia de recado de escribir, por lo que los combatientes leales estarían ansiosos por escribir a sus familias. Y ahí era donde entraba en juego el ingenio táctico y estratégico de mi tío.	Alfaya, Javier: El traidor melancólico. Madrid: Alfaguara, 1991.
BE-RAE 13	[...] una falta inconfundible y varias expresiones no ya poco inglesas, sino que parecían una traducción demasiado literal del castellano: tanto Berta como yo como Luisa estamos muy acostumbrados a detectar estas transparencias de nuestros compatriotas cuando hablan o escriben lenguas.	Marías, Javier: Corazón tan blanco. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 15	«El proyecto de esta obra es demasiado extenso, y acaso superior a mis fuerzas escribía Marchena en el primer discurso. Yo me he propuesto observar en ella las costumbres, los usos, las opiniones y la legislación misma, advertir los abusos que halle en todos estos ramos [...]	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.

BE-RAE 17	Los efectos de la caída se materializan antes que nada en ese ajuste de cuentas con el tiempo a que me vengo refiriendo sin tregua desde que me he puesto a escribir . Mi primer cuaderno, el que se inicia con el collage de la liebre entre trocitos de espejo, lo estrené en el Ateneo el uno de mayo, o sea al día siguiente de la fiesta de Gregorio. «	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 18	[...] le curó la ceguera un santón de las Orillas del Ganges (pero esto, al fin y al cabo, no deja de ser un simple detalle positivista de signo contrario). Romain Rolland escribió allí el prólogo arrollador de su Vida de Ramakrishna, libro que leí boquiabierto a los dieciocho años en los jardines de la Facultad de Letras y que derribó en un auuum casi todas mis convicciones anteriores.	Sánchez Dragó, Fernando: El camino del corazón. Barcelona: Planeta, 1993.
BE-RAE 19	Gus, el organizador nato de eventos culturales, que les había escrito a los sociatas el programa cultural del cambio y a quien le habían pagado el servicio amañándole unas oposiciones, había organizado una serie de conferencias para albardar un premio de postín [...]	Sánchez-Ostiz, Miguel: Un infierno en el jardín. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 20	Había sido un paso necesario para llegar a ese «Tengo casi todas las tardes libres para escribir », que luego se transforma en otra cosa, bien distinta por cierto.	Sánchez-Ostiz, Miguel: Un infierno en el jardín. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 21	[...] iluminan con su música el espíritu y el cuerpo, y resplandecientes y livianas se ofrecen en el silencio de la noche, oscuro soporte de la realidad de los sentidos y las pasiones".»Mentiría si escribiera que llegué a observar esa luz cegadora referida por el amigo, no obstante creo en sus palabras tanto como en mi presencia física ante él en esa noche [...]	Arias, Mariano: El silencio de las palabras. Barcelona: Destino, 1991.
BE-RAE 22	Elena Creo que escribiéndole el señor Marx todos los días debe saber cómo vivimos.	Bonmatí, Plácido: Elena Demuth. Madrid: J. García Verdugo, 1993.
BE-RAE 23	El gusto de Martín por aquel cuartito era, en efecto, todo un símbolo de un modo rebuscado y no-natural de entender la profesión: María se había quedado en don Ramón de la Cruz. Para escribir bien es decir, de un modo interesante había que torcer la dirección de la atención, complicar el modo de presentación del objeto, empezando por situarse el narrador mismo en la irrealidad vertiginosa de una celda [...]	Pombo, Álvaro: El metro de platino iridiado. Barcelona: Anagrama, 1993.

BE-RAE 24	Un volcán, me tienen por un volcán. Sobre todo, cuando recito a Federico. Es lo mío. Es como si Federico hubiera escrito sus versos tan maravillosos expresamente para mí. Y acabo de tener una idea magnífica: este verano, en el Teatro Municipal, y si no me dejan el Teatro Municipal pues aquí mismo, en esta casa [...]	Mendicutti, Eduardo: El palomo cojo. Barcelona: Tusquets, 1995.
BE-RAE 26	Pero tú te das cuenta de cuál es la verdadera trama de la violencia. Si no, no escribirías esas basuras, ¿no las llamas así? (Por los papeles rotos que hay en los suelos) Porque es a ti a quien he oído hablar de la violencia social con... con bastante sensibilidad;	Sastre, Alfonso: Los hombres y sus sombras (Terroros y Miserias del IV Reich). Bilbao: Argitaletxe Hiru, 1991.
BE-RAE 27	También para revivirnos o tan sólo para inventarnos. De todas maneras, me sigo preguntando si tiene verdadero sentido seguir escribiendo este diario y lo continúo, inevitablemente, como una rutina necesaria, igual que un actor en un palco vacío que recita para sí mismo un monólogo.	G. Delgado, Fernando: La mirada del otro. Barcelona: Planeta, 1996.
BE-RAE 30	[...] sin moverse de allí, sentado detrás de su enorme mesa, él tomaba decisiones que podían vengarse de las de la propia naturaleza, y con sólo escribir unas líneas, hacía subir los precios de un producto o caer los costes de una materia para compensar el retraso de la llegada de aquel barco atrapado por las tempestades en algún puerto de Asia.	Caso, Ángeles: El peso de las sombras. Barcelona: Planeta, 1996.
BE-RAE 31	Pero la verdad, Alexander, se encuentra en otra parte: en el propósito o en la intención con la cual fue escrito el libro de Eduard Verne.	Arias, Mariano: El silencio de las palabras. Barcelona: Destino, 1991.
BE-RAE 32	Vismundo había pasado más de dos terceras partes de su vida que no fue corta sentado ante una mesa, escribiendo diplomas, copiando libros interminables, relatando al pormenor la historia de la abadía que los sucesivos abades le dictaban. Poco a poco iban engordándole los brazos, que mantenía durante muchas horas encima del tablero;	Torbado, Jesús: El peregrino. Barcelona: Planeta, 1994.
BE-RAE 33	Dándome la espalda, se pone a escribir , pero suena el teléfono y tiene que levantarse para cogerlo.	Mañas, José Ángel: Historias del Kronen. Barcelona: Destino, 1996.

BE-RAE 34	El 18 de noviembre, dos miembros del comité de vigilancia de Burdeos, aprovechando que Tallien acaba de obtener autorización para trasladarse a París por unos días, tras la muerte de su padre, escriben a la capital denunciando las actividades de la aristócrata española. La respuesta de París es terminante: arréstena.	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.
BE-RAE 35	[...] la hemofilia, enfermedad terrible que, como una maldición, castiga desde hace doscientos años a una familia real, al linaje dinástico de Hesse, y que se ha transmitido a varios tronos de Europa...», escribió en sus Memorias el General Kindelán, pionero de la aeronáutica española y protagonista de una peligrosa aventura en globo aquella primavera de 1907.	Hernández, Ramón: El secreter del Rey. Barcelona: Seix Barral, 1995.
BE-RAE 36	En estos años se había cultivado. A su conocimiento práctico de la vida añadió el aprendizaje de los libros, pues en su inquietud llegó a leer y escribir perfectamente. Durante el tiempo que pasamos juntos en la expedición, yo le enseñé, cuando las circunstancias lo permitieron, los rudimentos de la escritura [...]	Arenales, Yolanda: Desde el Arauco. México: Diana, 1992.
BE-RAE 37	«¡Qué contraste entre estas Cortes y la Asamblea Nacional francesa! escribía de nuevo el ministro prusiano Sandoz Rollin—. Todos sus miembros se arrodillaron con la cabeza descubierta e inclinada cuando el rey apareció para licenciarlos.»	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.
BE-RAE 39	Ya sabes que yo también escribo poesía. Y encontrar un poema así, de este modo, me ha impresionado, no lo puedo negar. Lo cierto es que me gustaría saber quién lo escribió, conocer más cosas tuyas.	Díez, Luis Mateo: El expediente del náufrago. Barcelona: Alfaguara, 1992.

BE-RAE 40	Ojeda ¡No, gracias! Lo único que busco es un lugar fresco donde escribir .	Vázquez-Figueroa, Alberto: La taberna de los Cuatro Vientos. Madrid: SGAE, 1995.
BE-RAE 41	O sea, la realidad frente a la ilusión, lo de siempre. Y yo creo que fue por meterme en reflexiones de ese tipo por lo que se me hizo absurdo seguir escribiendo en plan «yoyeo» (como llama Encarna al narcisismo) un cuaderno que, en el mejor de los casos, va a leer no sé cuándo [...]	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 42	Dos cuatros haciendo un sandwich con los números impares por orden de aparición: 1,3,5,7,9. Una voz mecánica informaba que el número marcado no existía. Un par de días después escribí una carta a la Compañía Telefónica quejándome por lo absurdo de aquel mensaje grabado: ¿cómo que ese número no existía? Bastaba que yo lo marcara en el teclado de un teléfono o lo apuntara en una servilleta	Bonilla, Juan: El que apaga la luz. Valencia: Pre-Textos, 1995.
BE-RAE 43	Y de nuevo de su sufrimiento, de las amenazas, de su terrible periplo. Pero todo estaba grabado, escrito , a la espera quizá de un momento como éste. Sin embargo, la calabaza que ahora la abadesa hacía girar sobre la mesa del despacho, ante la curiosidad de las hermanas o la indiferencia de la policía [...]	Fernández Cubas, Cristina: Con Ágatha en Estambul. Barcelona: Tusquets, 1994.
BE-RAE 44	[...] ser al fin la de la vida, y en que en algún lugar, en algún lugar bien preciso de una geografía real, le esperaba su puerto de quietud, su lugar ameno, donde poder empezar a escribir , con versos ajenos, el lema de la aventura y de todas sus aspiraciones: Deja que tu alma ancle en alguna bahía. Fondea tu cuerpo aquí.	Sánchez-Ostiz, Miguel: Un infierno en el jardín. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 47	Esta noche pondré la cinta que, después de dejar de vernos, me mandó a Madrid. Escribirme apenas me ha escrito. Las cartas no eran lo suyo, no le gustaban, como al amante de la copla,...que no sé leer, que no sé leer, no me mandes papeles que no sé leer...	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 48	«La actitud personal del Rey en los momentos trágicos del cambio de Régimen llevó siempre el sello de la serenidad y de una dignidad que hacían honor a su jerarquía y a su estirpe...», escribió más tarde uno de sus últimos consejeros.	Hernández, Ramón: El secreter del Rey. Barcelona: Seix Barral, 1995.

BE-RAE 49	Leo Mistral ni siquiera se acordaba bien (ni quería recordarlo, desde luego) del porqué de su sobrenombre. Había escrito (eso sí lo recordaba) algunos discursos para personajes solemnes en el pasado, cuando comenzaron sus amistades con el Conde Umbrosa, pero nunca pude saber los nombres de los que habían solicitado y obtenido sus servicios [...]	Armas Marcelo, Juan José: Madrid, distrito federal. Barcelona: Seix Barral, 1994.
BE-RAE 50	Reprodujo mentalmente la conversación con la muchacha, la cena fría, su timidez, sus silencios, su extraño comportamiento cuando le habló del proyecto de escribir la biografía de Eduard Verne... Y en el deambular nocturno los pasos le llevaron hasta la plaza mayor. Al fondo, bajo el arco de la Biblioteca, una voz se dirigió a él por su nombre.	Arias, Mariano: El silencio de las palabras. Barcelona: Destino, 1991.
BE-RAE 52	Pirineos, o tal vez en una ciudad lo bastante grande como para no ser hallados nunca. Mi única esperanza es que se ponga en contacto contigo dedicó a Susana una mirada triste y conciliadora, que te escriba o que venga a verte. Sí, confío en que lo hará algún día, y ese día yo estaré cerca para verlo... A ti te quiere mucho.	Marsé, Juan: El embrujo de Shangai. Barcelona: Plaza y Janés, 1996.
BE-RAE 53	Dado que le prometí hacerte sabedor de esas dudas que lo reducían a fuerza de insomnios y pesadillas, me decido ahora que ha muerto a escribirte acerca de ello.	Bonilla, Juan: El que apaga la luz. Valencia: Pre-Textos, 1995.
BE-RAE 54	Juan reparaba tejados, hacía escaños, herraba caballerías, escribía cartas y hasta podía traducir latín. Todo en los ratos libres que le dejaba la mina.	Argüelles, Fulgencio: Letanías de lluvia. Madrid: Alfaguara, 1993.
BE-RAE 56	Nadie acudió a mi llamada y además la puerta, como había dicho la vieja, estaba entornada. Aunque no lograba desprenderme de una dulzona sensación de extrañeza como si no me encontrara allí sino en mi estudio escribiendo , la empujé y entré, cerrando tras de mí. Casi pillé el rabo a un gatito rubio que salió huyendo.	Pedraza, Pilar: La Pequeña Pasión. Barcelona: Tusquets, 1990.

BE-RAE 57	Leo esto, tan enfático y excesivo, y me río. Yo debería haber escrito novelas convencionales, de ambiente terrorífico en viejos castillos ingleses. Ya no hay tiempo.	Navales, Ana María: Cuentos de Bloomsbury. Barcelona: Edhasa, 1991.
BE-RAE 58	Está anocheciendo y te escribo sentada en un compartimento de coche-cama, mientras al otro lado de la ventanilla se suceden barriadas modestas, cementerios de coches, huertas, fábricas, desmontes, vertederos de basura y chatarra y esos grupos de chabolas que se van desplazando [...]	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 59	Estoy solo en las fiestas de las pastillas. No me gusta ver las manos de los hombres cerca del cuerpo de los niños. Me bebo mi cerveza y me voy solo a la cama. Escribo mis oraciones en la sección de anuncios por palabras. Vendo mi corazón en parcelas. Las más caras tienen buenas vistas.	Loriga, Ray: Héroe. Barcelona: Plaza y Janés, 1996.
BE-RAE 60	El tiempo es la única verdadera riqueza de los hombres. Está escrito en nuestro Libro respondió el judío.	Torbado, Jesús: El peregrino. Barcelona: Planeta, 1994.
BE-RAE 61	[...] y de citar y de invitar a unos y a otros, todo cuento, tripa vacía, escribiría que Eguren había perdido los papeles: «El poeta local, Eguren, ha perdido su estilo», escribía el vivales que estaba de guardia. «Ignora que hay cosas que sencillamente no se hacen, por educación, por saber estar, por jerarquía. La literatura sin buena educación y sin jerarquía no es nada.	Sánchez-Ostiz, Miguel: Un infierno en el jardín. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 63	¿Dónde los pondría? Es fatal lo de los papeles sueltos. «Los debería pasar a limpio recuerdo que pensaba, mientras cambiaba la cómoda de sitio. Todo consiste en seguir escribiendo despacito, puntada a puntada.»	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 64	, en las fachadas de los edificios, en los túneles de las estaciones, en las puertas de los ascensores, en las baldosas de los urinarios públicos, en los cristales de las cabinas de teléfono, me escribirás tus ruegos y desagravios.	Rossetti, Ana: Alevosías. Barcelona: Tusquets, 1991.

BE-RAE 65	Vemos la pizarra en primer plano: allí hay escrito, con letra un tanto temblorosa, la siguiente frase: TENGO UN PROBLEMA. Christa borra lo escrito, con un pañuelo y escribe : ¿Y A MÍ QUÉ ME CUENTAS? Por este sistema sigue el diálogo en los siguientes términos:)	Sastre, Alfonso: Los hombres y sus sombras (Terroros y Miserias del IV Reich). Bilbao: Argitaletxe Hiru, 1991.
BE-RAE 67	Ahora estoy en el hotel Casalago. Necesito que Max me escriba con lo que sea. Espero.	Cohen, Emma: Muerte Dulce. Madrid: Debate, 1993.
BE-RAE 69	«No le deis de comer», claro, ahora me acuerdo, se desdobra en otra que le manda escribir y desatender las coartadas de la inercia. «Una de las K. M. está triste escribe. Pues dejadla. No le deis de comer.» Ésa era la clave: No dar pasto al desánimo.	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 70	con lo cual no podría viajar al pasado para matar a su bisabuelo; o la única anotación en determinada fecha del diario de un escritor en la que se leía: "he pasado todo el día de hoy escribiendo en mi diario", cosa incomprensible pues si había pasado todo el día escribiendo en su diario no se entendía cómo la única anotación correspondiente a esa fecha era ésa.	Bonilla, Juan: El que apaga la luz. Valencia: Pre-Textos, 1995.
BE-RAE 71	Claudio Z. confía en que cuando sus servicios se consideren innecesarios, el Cubano le avisará con tiempo y se podrá organizar para enfrentarse a un futuro que ahora, desde que escribe en la prensa, ya no le parece tan temible. Además, esas crónicas, esas entrevistas que envía cada semana, y que al principio le costaban horas y horas de redacción penosa [...],	Alfaya, Javier: El traidor melancólico. Madrid: Alfaguara, 1991.
BE-RAE 72	Otro, llamado Sigüenza, contó con minuciosidad su construcción. Finalmente, un tal José Quevedo escribió un libro con la historia del Monasterio. Supongo que sobre este monumento hay infinidad de cosas escritas, pero fui obligado (fuimos obligados) a leer estos tres libros por nuestro profesor de Historia en el Instituto.	Leguina, Joaquín: Tu nombre envenena mis sueños. Barcelona: Plaza y Janés, 1992.

BE-RAE 76	Conspirador 1. (la tranquiliza, conciliador) Todos nosotros amamos a nuestro pueblo, hermana; y la mayor parte amamos y tememos a Alguien y yo sí escribo esta palabra con mayúscula— que está muy por encima de nosotros y que, para bien de todos, habrá de salir de su prolongado y terrible silencio, pues nuestro pueblo de Israel necesita de un gran Dios de los Ejércitos [...]	Sastre, Alfonso: Revelaciones inesperadas sobre Moisés. A propósito de algunos aspectos de su vida privada. Bilbao: Argitaletxe Hiru, 1991.
BE-RAE 77	Y Martín, dado que se acostaba tarde por las noches y que dormía mal, dormía muchísimo entre horas y tomaba Soñodor como la abuela, que le daba, decía, una ligera somnolencia que le permitía escribir ligeramente ido y dejando colarse, por lo tanto, aspectos repentinos e inconscientes del inconsciente que a veces la conciencia, demasiado empeñada en ser consciente, desfigura o mutila o simplemente no registra [...]	Pombo, Álvaro: El metro de platino iridiado. Barcelona: Anagrama, 1993.
BE-RAE 78	Vencedor. ¡Quiero que en todo el mundo se escriba la palabra Vencedor!	Ortega, Juan Pablo: Los invitados. Madrid: Fundamentos, 1996.
BE-RAE 79	A los seis años, sin que nadie me hubiese hablado de ella, ya sabía muchas palabras rusas, y en la escuela, cuando empecé a escribir , mezclaba sin que nadie lo entendiese las letras latinas y las cirílicas.	Díez, Luis Mateo: El expediente del naufrago. Barcelona: Alfaguara, 1992.
BE-RAE 80	[...] pidió una taza de té hervido en leche con aroma de clavo y cardamomo, mordisqueó la punta del bolígrafo y empezó a escribir la segunda carta del viaje, dirigida no sólo a la mujer que con una criatura de casi cinco meses en su vientre esperaba en el angosto ámbito de una ciudad española y provinciana el retorno del fugitivo [...]	Sánchez Dragó, Fernando: El camino del corazón. Barcelona: Planeta, 1993.
BE-RAE 81	Un buen día Dorothy no acudió a nuestra cita. No me impacienté. Me limité a verificar que todavía no estaba en disposición de escribir novela alguna, experimenté también una imprevista e involuntaria distancia respecto a nuestro amor, y decidí no volver yo tampoco, nunca más, al Hotel Fleury.	Cerezales, Agustín: Escaleras en el limbo. Barcelona: Lumen, 1991.
BE-RAE 82	MERCEDES. (Con renovada energía.) Escriba usted mismo el documento.	Pedrero, Paloma: El pasamanos. Madrid: Primer Acto, 1995.

BE-RAE 83	Lo hicieron dos días más tarde. En ese tiempo de espera, mientras las húmedas nieblas pasaban lentas sobre sus cabezas y se retiraban hacia Oriente, Iscam tuvo aún tiempo de escribir otros dos documentos semejantes al primero.	Torbado, Jesús: El peregrino. Barcelona: Planeta, 1994.
BE-RAE 84	(Se dirige a uno de los muebles y revuelve sus cajones hasta encontrar el testamento.) Así lo dejó escrito en mi última carta. (La arruga entre los dedos temblorosos y la agita en el aire. Un tiempo. Desfallecido.) Que te he sido fiel, y me has repudiado; que te he solicitado [...]	Márquez, Jorge: Hernán Cortés. Madrid: Fundamentos, 1990.
BE-RAE 85	«Basterreche aguarda con impaciencia el momento en que el comité revolucionario entre en funciones escribía Taschereau pero tiene la esperanza de que Marchena, actualmente en París, no tenga conocimiento de ello. Este hombre es sospechoso en todos los sentidos.»	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.
BE-RAE 86	Seguramente, no, porque si Juan Antonio y Germán hubieran sabido cómo era Julia, lo más probable es que yo no me estuviera tomando el trabajo de escribir esta historia.	Marsillach, Adolfo: Se vende ático. Madrid: Espasa Calpe, 1995.
BE-RAE 87	Claire Clermont, acurrucada en un sillón, parecía entrando ya en una sensación de sobrenaturalidad. Byron estaba encantado. ¿Creía? ¿Le afectaba el paisaje? Dijo que le gustaría escribir la historia de un vampiro, la vida eterna (y al tiempo inexistente, clausurada) de uno de esos muertos vivos. Polidori oía con atención, no creía hallarse ante una noche cualquiera.	Villena, Luis Antonio de: El burdel de Lord Byron. Barcelona: Planeta, 1995.
BE-RAE 88	El poeta Eliseo lo mismo hacía versos sáficos que quintillas, lo mismo le escribía un romance a la santa Menedora como llenaba papeles con endechas, espineles y silvas dedicadas a la memoria mitológica del bosque o a la impotencia de los recuerdos.	Argüelles, Fulgencio: Letanías de lluvia. Madrid: Alfaguara, 1993.
BE-RAE 89	Su Majestad volvió a la carta. Era su gran consuelo escribir a sor María Jesús, fundadora y priora del convento de la Concepción Descalza en Ágreda. La monja no había salido jamás de su villa natal y tenía dos años más que el rey.	Luján, Néstor: Los espejos paralelos. Barcelona: Planeta, 1991.

BE-RAE 90	Habían llegado en abril y Eguren, para empezar con buen pie, escribió sobre el particular una columna en La Voz de Umbría: «Elogio de Abril.» De ese modo inauguró una flamante sección que llevó hasta su extinción brusca el flamante título de: «Cartas desde mi molino [...]	Sánchez-Ostiz, Miguel: Un infierno en el jardín. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 91	Hace ya mucho que me gano la vida como negro. Escribo cosas que luego otros firman, desde monólogos para locutores nocturnos hasta discursos para políticos de derecha (porque en definitiva la derecha comienza en la extrema derecha, avanza por la derecha, se extiende por el centro derecha,	Bonilla, Juan: El que apaga la luz. Valencia: Pre-Textos, 1995.
BE-RAE 92	Envía lo que quieras. Escríbeme algo, ¿vale?	Cohen, Emma: Muerte Dulce. Madrid: Debate, 1993.
BE-RAE 94	Una vez señalado este paupérrimo dato autobiográfico me apetecía, ya puedo escribir que Germán y Juan Antonio se sentaron a una mesa de ese bar dispuestos a un careo sin testigos.	Marsillach, Adolfo: Se vende ático. Madrid: Espasa Calpe, 1995.
BE-RAE 95	¿Has podido escribir algo de tu libro? (El niega con la cabeza. Laura señala papeles rotos que hay por el suelo) ¿Qué son esos papeles?	Sastre, Alfonso: Los hombres y sus sombras (Terroros y Miserias del IV Reich). Bilbao: Argitaletxe Hiru, 1991.
BE-RAE 96	Me la sé de memoria, la escribí yo hace diez años, pero eso no importa. Quiero leerlo. Quiero saber que es verdad, que está ahí. Si algo bueno tienen las cosas escritas es que de alguna forma te dan la constancia y la seguridad de que han sucedido, que han sido reales.	Sierra i Fabra, Jordi: El regreso de Johnny Pickup. Madrid: Espasa Calpe, 1995.
BE-RAE 97	Antes los escribía uno mismo cuando optaba a un empleo, es verdad. Los viejos se quejan a veces de estos sistemas de control; pero con ellos sólo las gentes subversivas pueden tener dificultades.	Sastre, Alfonso: Los hombres y sus sombras (Terroros y Miserias del IV Reich). Bilbao: Argitaletxe Hiru, 1991.
BE-RAE 98	Sí, claro. De eso se trata, ¿no? Pero sólo escribiré si tú también escribes.	Sánchez Dragó, Fernando: El camino del corazón. Barcelona: Planeta, 1993.

BE-RAE 100	«¿Un ejercicio de redacción?» «Sí, eso, un ejercicio de redacción.» «Tendrá que ser sencillito, hace mucho que no hago ninguno, pero me encanta la idea. Si lo escribo , ¿te lo puedo mandar?» «Claro, es lo que te estoy pidiendo, que me lo mandes.» Entonces fue cuando sacaste una agenda del bolso y la apoyaste contra la pared para apuntar [...]	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 102	Olía magníficamente. Hasta hace poco he conservado un pañuelo de seda rojo en una de cuyas esquinas estaba escrito «Love» en letras blancas. Se le cayó del pelo a una de aquellas chicas que mi padre y Albert llamaban «rubias», y yo lo recogí y lo introduje entre la goma de mi pantalón [...]	Sánchez, Clara: El palacio varado. Madrid: Debate, 1995.
BE-RAE 103	Recobrar siempre ha sido más excitante que cobrar, aunque también más propenso a espejismos. Y por cierto, ahora que escribo esto, me pregunto si no será igualmente un espejismo imaginar que te he recobrado a ti. De todas maneras, bendito espejismo, Sofía, caso de que lo sea.	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 104	O tal vez resultara más apropiada para la carta que, también aquella misma noche, tenía que escribir a la condesa Bower, la señora madre del embajador, relatándole, detalladamente, los acontecimientos, festejos, anécdotas y rumores que habían hecho de Viena el centro del mundo [...]	Moix, Ana María: Vals negro. Barcelona: Lumen, 1994.
BE-RAE 105	¿Cómo es posible que una mujer casada consienta que le escriba un desconocido?	G. Delgado, Fernando: La mirada del otro. Barcelona: Planeta, 1996.
BE-RAE 106	Las reflexiones de Su Majestad eran amargas. Retornó a la carta que estaba escribiendo a sor María Jesús de Ágreda, su amiga y consejera, y la leyó lentamente, puesto que sus ojos no eran buenos ya.	Luján, Néstor: Los espejos paralelos. Barcelona: Planeta, 1991.

BE-RAE 107	¡Dedicaba todo su tiempo, sus atenciones a aquel, aquel...! ¡Con lo que había necesitado yo sus consejos y su ayuda para el artículo que estaba escribiendo y para tantas otras cosas!	Pedraza, Pilar: La Pequeña Pasión. Barcelona: Tusquets, 1990.
BE-RAE 108	[...] apoyó la tablilla de madera sobre sus muslos cruzados y se enfrascó nuevamente en la redacción de la carta que había empezado a escribir dos horas antes, después de un copioso desayuno vegetariano y edénico, en la soledad de su bungalow con techo de bálago, porche de suelo de arena, muebles de bambú, ventanas sin cristales, puerta sin cerradura [...]	Sánchez Dragó, Fernando: El camino del corazón. Barcelona: Planeta, 1993.
BE-RAE 109	[...] tía Blanca, que no paraba de mirar por el buen nombre de la familia, sugirió una vez que todo era un invento de tía Victoria para armar un poco de bulla, pero que ella misma lo escribía todo o se lo daba a escribir a cualquiera. Mi madre decía que aquello era una mentira piadosa que tía Blanca se contaba a sí misma para no ponerse frenética.	Mendicutti, Eduardo: El palomo cojo. Barcelona: Tusquets, 1995.
BE-RAE 110	Así que ya desde el principio decido no mandarte tampoco la que me pongo a escribirte ahora. Tu nombre y tu recuerdo me sirven de soporte para largar amarras, pero en cambio no me veré obligada a demostrarte que pienso en ti y en tus problemas.	Martín Gaité, Carmen: Nubosidad variable. Barcelona: Anagrama, 1994.
BE-RAE 111	La carta ha seguido diciendo Victoria está escrita en el hall del Hotel Port del Vent. Y yo salí de Buenos Aires con la idea de leer por última vez la carta de mi padre en el mismo lugar en el que él la escribió.	Vila-Matas, Enrique: Suicidios ejemplares. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 114	La Madre La carta que le escribiste a la vecina: "Hombre soltero, aún joven, de buena presencia, acomodado, sensible, honesto y amante de las artes, busca mujer para formar un hogar.	Márquez, Jorge: La tuerta suerte de Perico Galápagos. Madrid: SGAE, 1995.

BE-RAE 115	De todo ello quedan tres grandes álbumes de fotografías, el alma llena de paisajes y sensaciones, y material para algún libro más que no sé si escribiré algún día.	Navales, Ana María: Cuentos de Bloomsbury. Barcelona: Edhasa, 1991.
BE-RAE 116	Se nos dirá mejor dicho: se ha escrito en los mencionados informes de nuestros enemigos, y se ha escrito con una frivolidad, un odio y una insania completamente inconcebibles en un mundo civilizado que esta abundancia no es igualitaria, toda vez que el número de nuestros automóviles no es equivalente al censo de habitantes;	Grande, Félix: Fábula. Barcelona: Plaza y Janés, 1991.
BE-RAE 117	Cuba también, profesor, que yo trato de luchar por la libertad de Santo Domingo, pero no sólo de Santo Domingo, que todo el Caribe es mi patria y mi patria ha de ser la libertad. Qué bonito escribe usted, profesor. ¿Conoce usted a Fidel Castro? Un líder de la Legión del Caribe, demócrata y cristiano revolucionario, pues me dijeron que eran usted y él compadres [...]	Vázquez Montalbán, Manuel: Galíndez. Barcelona: Seix Barral, 1993.
BE-RAE 118	Pensará que es el centro de la vida de ella, que es el nombre que escribe , ilusionado con programarse chica como Céspedes se programa camarera, una muchacha en la que centrar sus maravillosas tres contracciones en treinta segundos (¿lo logrará?, dice con picardía) [...]	Rubio, Fanny: La sal del chocolate. Barcelona: Seix Barral, 1992.
BE-RAE 119	[...] o tal vez un diario entrecortado, tumbado y rajado, incluso durante décadas enteras, por la vida, o tal vez algo distinto, un género distinto de todo género filosófico-poético anterior que ni siquiera él mismo escribiría , sino que sería escrito por algunos, unos pocos amigos, los más fieles, uno, dos, tres, cuatro, cinco como mucho, uno de los cuales sería un violinista sumamente joven y muy tímido [...]	Pombo, Álvaro: El metro de platino iridiado. Barcelona: Anagrama, 1993.

BE-RAE 120	Hoy podría contestar a la pregunta que Albert me hizo en el acantilado, cuando yo tenía diez años, y explicarle que escribo sobre ella y los demás para escribir sobre mí, porque primordialmente soy cuanto no he elegido. De eso estoy hecha, de lo que había cuando yo no podía elegir.	Sánchez, Clara: El palacio varado. Madrid: Debate, 1995.
BE-RAE 121	Este libro no es un ensayo ni una novela, es una narración histórica. O para ser más exactos, es la narración histórica de la novela que escribieron con sus vidas Marchena, Hevia, Picornell, Martínez, Guzmán, Rubín de Celis y todos cuantos, con mayor o menor entusiasmo, se vieron embarcados en la loca epopeya de modernizar un país tan reacio al progreso como [...]	Fajardo, José Manuel: La epopeya de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1990.
BE-RAE 122	Señaló un lienzo que estaba situado entre las dos columnas de roble que franqueaban la chimenea y el escudo de armas de los Valtellina. Bajo el escudo estaba escrito , también en latín, el extraño lema de la familia: «Buscamos siempre el lado inmóvil del tiempo.»reposaba junto a la sepultura [...]	Vila-Matas, Enrique: Suicidios ejemplares. Barcelona: Anagrama, 1995.
BE-RAE 127	En el fuste de la columna había una inscripción. Dionisio la vio precisamente por el rabillo del ojo y, antes de leerla aprovechando la circunstancia de que estaba escrita en inglés, miró la firma. Era una frase de Buda y decía: cada cosa, en este mundo de abajo, tiene su propio e inconfundible aroma.	Sánchez Dragó, Fernando: El camino del corazón. Barcelona: Planeta, 1993.